

# LA REUNIFICACIÓN ALEMANA Y LA TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Javier Lion Bustillo\*

Recibido: 4 Septiembre 2009 / Revisado: 12 Septiembre 2009 / Aceptado: 20 Septiembre 2009

## INTRODUCCIÓN

La reunificación alemana, por su enorme trascendencia histórica, alcanzó en su día una amplia cobertura tanto en los medios de comunicación de masas como en publicaciones científicas. No obstante, en buena parte de esos trabajos se pretendía sobre todo dar cuenta de la sucesión de acontecimientos que tuvieron lugar, centrándose a veces en aspectos anecdóticos o poco significativos para la comprensión general del proceso. Ahora que se cumplen 20 años desde la caída del Muro, es un buen momento para tratar de hacer un balance más global de la dimensión exterior de la reunificación alemana. En este sentido, la Teoría de las Relaciones Internacionales nos proporciona un conjunto de corrientes que tratan de dar cuenta de este acontecimiento, partiendo de diferentes puntos de vista de la realidad histórica. Realistas, liberales y constructivistas han hecho una valiosa contribución que nos permite comprender las causas, el desarrollo y el resultado de la reunificación en su vertiente diplomática, poniendo cada una de ellas el énfasis en determinadas facetas de la escena internacional. El objetivo de este artículo consiste en dilucidar cuál de esas perspectivas nos proporciona una explicación más completa, siendo capaz de dar cuenta de manera más satisfactoria de los aspectos centrales del conjunto del proceso.

Así, comenzaré examinando el relato realista, el cual considera que el factor fundamental de cambio habría sido la crisis de la URSS, que la habría empujado a redimensionar sus compromi-

sos en el exterior, además de promover el acercamiento a Occidente como vía para modernizar su economía; en definitiva, la reunificación sería el reconocimiento práctico del declive del imperio soviético<sup>1</sup>. Por su parte, la visión liberal resalta que los nuevos dirigentes soviéticos ya no se encontraban unidos al complejo militar-industrial, por lo que habrían redefinido los intereses nacionales, buscando la colaboración con Occidente y el progreso económico, de manera que ya no sería necesario mantener el control de la RDA. La escuela constructivista plantea, a su vez, que el cambio en la política soviética respondería a unas nuevas ideas presentes en los dirigentes del Kremlin, que no consideraban el uso de la fuerza como un medio aún aceptable para mantener su dominio en Europa del Este, y que percibían crecientemente a la RFA como un socio fiable para el futuro en un contexto de crisis entre sus aliados del Pacto de Varsovia; la reunificación sería, por tanto, el resultado de un nuevo clima de confianza entre la URSS y la RFA. Por último, en las conclusiones finales se estima que la aproximación constructivista es la más completa por explicar de forma más satisfactoria el abandono por parte soviética de la Doctrina Breznev y su disposición a negociar con la RFA una respuesta a la crisis de la RDA; de igual modo, permite dar cuenta de la postura de colaboración que prevaleció en la Comunidad Europea, y de por qué la RFA ha cumplido posteriormente los compromisos contraídos, manteniendo su perfil de “potencia civil”.

\* Universidad de Cádiz. E-mail: jlion3@hotmail.com.

<sup>1</sup> La noción de imperio que aquí se aplica es la manejada en Nexon, Daniel H. y Wright, Thomas, “What’s at Stake in the American Empire Debate?”, *American Political Science Review*, vol. 101, 2 (mayo, 2007), 258-261.

## 1. UN RELATO REALISTA

El realismo es una corriente que considera que el carácter anárquico del sistema internacional provoca que la principal preocupación de los Estados sea el garantizar su seguridad, lo que les impulsa a acumular el mayor poder relativo posible<sup>2</sup>. Los tratados o convenios internacionales no supondrían una garantía de seguridad, por cuanto el cumplimiento de los mismos precisaría siempre de la disposición de poder. Los intereses nacionales tendrían un carácter unitario, y consistirían básicamente en reforzar ese poder relativo del Estado<sup>3</sup>. No obstante, los países deberían a menudo convivir con otros más poderosos, lo que les impulsaría a diversas opciones: crear alianzas de contrapeso frente a la potencia más poderosa (*balancing*); ser un fiel colaborador de esa potencia, con la esperanza de que tendrá en cuenta los intereses de sus aliados (*bandwagoning*); o no reaccionar frente a una política de dicha potencia que se considera negativa, con la esperanza de que otro país sea quien frene esa iniciativa (*passing the buck*)<sup>4</sup>.

El análisis realista de la reunificación alemana parte de los estudios de Paul Kennedy sobre el declive de los imperios y las opciones para afrontarlo<sup>5</sup>. Así, la Unión Soviética estaría experimentando desde los años 70 una crisis por el sobredimensionamiento de sus compromisos exteriores (*imperial overstretch*), patente en conflictos como Afganistán, Angola o Nicaragua, lo que influiría muy negativamente en su situación económica<sup>6</sup>. Dentro de esta

línea, hay autores que subrayan que no fueron los excesivos compromisos de la URSS, sino la escalada armamentista protagonizada por la Administración Reagan en los años 80 la que habría colocado a Moscú en una posición insostenible, lo que condujo a su derrota definitiva en la Guerra Fría<sup>7</sup>.

Por el contrario, existe otra corriente realista que culpa principalmente a la situación de debilidad interna de la URSS de la crisis del bloque oriental. Esta debilidad se manifestaría en factores como: una economía que siempre se había caracterizado por sus pobres resultados frente a Occidente, lo que hacía que el coste relativo de mantener su estatus de superpotencia resultara bastante elevado; la crisis de las nacionalidades en la URSS, con el surgimiento de movimientos secesionistas; o las disputas internas entre los líderes soviéticos. Todos ellos habrían favorecido ese declive como superpotencia, siendo precisa la puesta en marcha de reformas<sup>8</sup>. Y habría sido esa debilidad económica la que impidió a la URSS el mantener a flote la RDA, ya que la fuerte crisis en la que ésta se hallaba sumida se combinaba con unas buenas expectativas para la población germanooccidental que emigraba a la RFA; de ahí que, tras la apertura del Muro, la suerte del régimen de Berlín Este estaría ya echada y Gorbachov no pudo hacer nada para salvarlo<sup>9</sup>.

La política de Gorbachov habría consistido en buscar un redimensionamiento (*retrenchment*) de la posición exterior de la URSS, mediante la limitación de los compromisos con sus aliados y un acer-

<sup>2</sup> Esta visión estructural de las Relaciones Internacionales caracteriza a la corriente neorrealista, especialmente el denominado "neorrealismo ofensivo". Cf. Mearsheimer, John, *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York, W.W. Norton, 2002, 29-53.

<sup>3</sup> El principal problema lo constituye el denominado "dilema de la seguridad", derivado de la percepción de inseguridad generada por el estado de anarquía existente, y que conduciría a una búsqueda de mayor poder por parte de todos los actores, impidiendo la cooperación entre ellos. Vid. Jervis, Robert, "Cooperation Under the Security Dilemma", *World Politics*, vol. 30, 2 (enero, 1978), 167-214.

<sup>4</sup> Cf. Waltz, Kenneth, *Theory of International Politics*. Nueva York, McGraw-Hill, 1979, 102-126. Mearsheimer, John, *The Tragedy*, op. cit., 138-166 y 267-330.

<sup>5</sup> Vid. Kennedy, Paul, *Auge y caída de las grandes potencias*. Espluges de Llobregat, Plaza y Janés, 1994.

<sup>6</sup> Vid. Lundestad, Geir, "Imperial Overstretch", Mikhail Gorbachev, and the End of the Cold War", *Cold War History*, vol. 1, 1 (2000), 1-20. Adomeit, Hannes, *Imperial Overstretch: Germany in Soviet Policy From Stalin to Gorbachev*. Baden-Baden, Nomos, 1998.

<sup>7</sup> Vid. Schweizer, Peter, *Victory: The Reagan Administration's Secret Strategy that Hastened the Collapse of the Soviet Union*. Nueva York, Atlantic Monthly Press, 1994.

<sup>8</sup> Vid. Gaddis, John Lewis, "International Relations Theory and the End of Cold War", *International Security*, vol. 17, 3 (invierno, 1992-93), 5-58.

<sup>9</sup> De hecho, hay autores que creen que la caída del Muro creó un "mercado laboral único", que fue el que hundió definitivamente a la RDA. Cf. Schrettl, Wolfram, "Transition With Insurance: German Reunification Reconsidered", *Oxford Review of Economic Policy*, vol. 8, 1 (1992), 144-155.

camiento a Occidente que permitiera reducir los gastos militares<sup>10</sup>. Esta opción se habría visto favorecida por la existencia de una situación de paridad nuclear, que proporcionaba una garantía básica para la seguridad de la URSS, no dependiendo tanto de su cinturón defensivo del Pacto de Varsovia<sup>11</sup>. En definitiva, Gorbachov habría tratado de reforzar el poder económico relativo de su país, única forma de seguir siendo a largo plazo una gran potencia mundial. Pero el precio de todo ello habría sido el renunciar al imperio que Stalin había construido en Europa Oriental al final de la II Guerra Mundial, de manera que Moscú tuvo que aceptar la reunificación alemana dentro de la OTAN, plegándose a las exigencias occidentales, y siendo incapaz de hacer valer sus demandas fundamentales en la mesa de negociaciones. En definitiva, el Tratado entre las 2 Alemanias y las Cuatro Potencias vencedoras de la II Guerra Mundial (Tratado 2+4) no sería sino la plasmación sobre el papel del nuevo equilibrio de poder existente en el continente, con 2 potencias claramente en ascenso: Estados Unidos, como única superpotencia real (creándose así un mundo unipolar); y la Alemania unida, fuerza emergente en Europa<sup>12</sup>.

Desde un punto de vista realista, la actitud de los Estados Unidos durante el final de la Guerra Fría se caracterizó por aprovechar las circunstancias para lograr el debilitamiento de la superpotencia rival, la cual vería mermada su zona de influencia (especialmente en Europa Oriental), además de intentar extender la presencia norteamericana a esas áreas del mundo, si bien con cautela. No obstante, en Washington se deseaba que el derrumbe del imperio soviético tuviera lugar de forma ordenada, evitando el estallido de nuevas crisis y conflictos en zonas en las que pudiera crearse un vacío de poder; de ahí que el Presidente Bush prestara cierta colaboración a las autoridades de Moscú. Con respecto

a la reunificación alemana, Estados Unidos la apoyaba, siempre y cuando tuviera lugar de acuerdo con las condiciones marcadas por Bush: el mantenimiento de la OTAN como instrumento clave de la seguridad europea; una reunificación dentro del marco de la OTAN (y de su estructura militar integrada); el rechazo a la existencia de diferentes niveles de seguridad en el territorio alemán (todo él estaría cubierto por los compromisos de la Alianza Atlántica); y el evitar el surgimiento de entidades de seguridad y defensa europeas en las que no estuviera presente Estados Unidos<sup>13</sup>.

En otras palabras, los cambios debían conducir a la formación de un Estado alemán unificado, el cual se convertiría en el principal núcleo de poder en Europa. Dicho Estado estaba llamado a ser el socio con quien Washington compartiría su liderazgo continental (tal como afirmó el Presidente Bush), pero componiendo un liderazgo asimétrico: el limitado perfil político de la RFA y su dependencia defensiva respecto a Estados Unidos concedería al segundo una posición ventajosa, permitiéndole reducir el compromiso norteamericano en Europa sin por ello ver mermada su influencia política, mantenida a través de su control sobre la OTAN.

Tanto Francia como el Gran Bretaña habían conservado una considerable influencia internacional gracias a su condición de vencedoras en la II Guerra Mundial, de miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU y de potencias nucleares. Con el fin de la Guerra Fría, era de esperar una reconfiguración del orden internacional que, lógicamente, se ajustaría al nuevo equilibrio de poder existente, con lo que ambas verían probablemente declinar su posición privilegiada a escala internacional; y la reunificación alemana no haría sino reforzar esta tendencia<sup>14</sup>. En el caso francés, el tradicional co-liderazgo francoalemán en el proce-

<sup>10</sup> Cf. Lundestad, Geir, "Imperial Overstretch", op. cit., 9-16.

<sup>11</sup> Vid. Oye, Kenneth A., "Explaining the End of the Cold War: Morphological and Behaviour Adaptations to the Nuclear Peace?", en Lebow, Richard Ned y Risse-Kappen, Thomas (eds.), *International Relations Theory and the End of the Cold War*. Nueva York, Columbia University Press, 1996, 57-83.

<sup>12</sup> Vid. Wohlforth, William C., "Realism and the End of the Cold War", *International Security*, vol. 19, 3 (invierno, 1994-95), 91-129.

<sup>13</sup> Cf. "A New Europe, a New Atlanticism: Architecture for a New Era", discurso de James Baker ante el Club de Prensa de Berlín, 12 de diciembre de 1989, reproducido en Rotfeld, Adam y Stützel, Walther (eds.), *Germany and Europe in Transition*. Estocolmo, SIPRI-OUP, 1992, 90. Zelikow, Philip y Rice, Condoleezza, *Germany Unified and Germany Transformed*. Cambridge Ma.: Harvard University Press, 1995, 251-252.

<sup>14</sup> Cf. Lion Bustillo, Javier, *La reunificación alemana y la seguridad europea*. Alzira, Edicions La Xara, 2008, 32-38.

so de integración europea se venía ya resintiéndose de una creciente asimetría, dado que el poder económico alemán se había visto acompañado de un poder militar convencional muy considerable, junto con un papel político cada vez más relevante, puesto de manifiesto desde los años de la *Ostpolitik*. La reunificación alemana no haría sino subrayar esta evolución, con lo cual el problema para Francia era el mismo que vivió el general de Gaulle, pero agudizado: cómo garantizar para el país un estatus de potencia a nivel mundial en un momento de pérdida de poder relativo. De ahí que el Presidente Mitterrand prefiriera un proceso de reunificación más lento, que ralentizara unos cambios desfavorables para París<sup>15</sup>.

Con respecto al Reino Unido, su tradicional posición como aliado privilegiado de Estados Unidos en el continente se veía amenazada por el nuevo ascenso de Alemania, de modo que la Primera Ministra Thatcher optó por conservar el *statu quo*, rechazando la reunificación a corto plazo, así como la puesta en práctica de cambios en el marco de la defensa europea, tales como reformar la OTAN (y su doctrina militar) o crear una entidad europea de seguridad y defensa vinculada al ámbito de las Comunidades<sup>16</sup>. Desde una perspectiva realista, tanto el Reino Unido como Francia habrían tratado de articular una discreta política de colaboración con la URSS con el objetivo de cerrar el paso a la reunificación alemana (siendo un caso de *soft balancing*), pero habrían fracasado debido a su propia insuficiencia de poder para alterar de manera significativa la situación en la RDA, quedando por lo tanto abierta únicamente la vía germanooccidental: sólo el Gobierno de Bonn estaría en condiciones de reflotar la RDA, de manera que la reunificación se convirtió en algo inevitable<sup>17</sup>.

Por su parte, la política de la RFA se habría limitado a aprovechar el declive soviético para lograr rehacer un sistema europeo de Estados que

reflejara los nuevos equilibrios de poder. Así, logró desmantelar los restos de los derechos que las Cuatro Potencias mantenían sobre Berlín y Alemania, alcanzando tanto la unidad nacional como la soberanía plena; con ello, se obtuvo un objetivo básico desde la posguerra, la igualdad de derechos con los otros países (*Gleichberechtigung*). También se vería incrementado su poder económico y demográfico con la unificación, al tiempo que su pertenencia a la OTAN garantizaba su seguridad.

Sin embargo, la RFA realizó algunas concesiones en el Tratado 2+4: reconocimiento de la Línea Oder-Neisse como frontera definitiva entre la Alemania unificada y Polonia; reducción de los efectivos militares convencionales de sus fuerzas armadas; y renuncia a la fabricación o posesión de armas de destrucción masiva (nucleares, biológicas o químicas, conocidas como “armas ABC”)<sup>18</sup>. Desde un punto de vista realista, estas concesiones se interpretan como necesarias para evitar una coalición antialemana en Europa que bloqueara la unidad nacional. No obstante, se trataría de gestos que con el tiempo podrían ser revisados, ya que Alemania pasaría a convertirse en una potencia “normal”, decidida a maximizar su poder, por lo que era de esperar una creciente tendencia unilateralista en su actuación internacional (centrándose cada vez más en Europa Oriental) y un intento de alcanzar el rango de potencia nuclear, que reforzaría su independencia de acción<sup>19</sup>.

Las principales objeciones al análisis realista de la unificación alemana se centran en las posiciones soviética, europea y alemana. La idea de que la URSS carecía de recursos para mantener la paridad de poder con Estados Unidos no era una novedad de los años 80. Por el contrario, desde el final de la II Guerra Mundial, el mundo bipolar se caracterizó por una muy notable asimetría entre Occidente y los países comunistas. No sólo Estados Unidos tuvo siempre una capacidad militar global superior

<sup>15</sup> Ibid., 42-45. Attali, Jacques, *Verbatim*. París, Fayard, 1995, 333.

<sup>16</sup> Cf. Deighton, Anne, *On the Cusp? Britain, Maastricht and European Security*. Florencia, EUI Discussion Paper, 1997, 6. Merkl, Peter H., *German Unification in the European Context*. University Park, The Pennsylvania State University Press, 1993, 322-325.

<sup>17</sup> El *soft balancing* consiste en colaborar con otros países frente a una potencia más poderosa, pero haciéndolo de forma encubierta, no implicando la creación de alianzas formales.

<sup>18</sup> Cf. Szabo, Stephen F., *The Diplomacy Of German Unification*. Nueva York, St. Martin's Press, 1993, 107.

<sup>19</sup> Cf. Trevorton, Gregory F. *America, Germany, and the Future of Europe*. Princeton, Princeton University Press, 1992, 200-202. Mearsheimer, John, “Back to the Future: Instability in Europe After the Cold War”, *International Security*, vol. 15, 1 (1990), 5-6 y 32-39.

(tanto en armamento nuclear, aéreo y naval, como en capacidad de proyección de ese poder militar a larga distancia), sino que a ello unía una incomparable hegemonía económica y cultural (en términos de *soft power*), además de poseer unos aliados mucho más poderosos y fiables<sup>20</sup>. En otras palabras, la URSS fue en los años 40 y 50 sobre todo una potencia regional, capaz de desafiar a Estados Unidos sólo en su área de influencia (el marco eurasiático). A partir de los 60, logró mejorar su capacidad de proyección en otras zonas del mundo, pero los límites de esa influencia siempre fueron evidentes (como ejemplificó la crisis de los misiles en Cuba). En definitiva, la URSS nunca pudo estar al mismo nivel de poder que Estados Unidos, por lo que carecería de sentido la versión según la cual fue el incremento del gasto militar durante la Era Reagan la que hundió a la URSS. De hecho, esa carrera fue frenada por el propio Reagan a partir de 1983, al tomar en cuenta la necesidad de rebajar la tensión internacional existente en aquellos momentos. Por otra parte, la URSS no precisaba el replicar cada programa norteamericano de armamento, en tanto en cuanto su poder de disuasión nuclear no quedara cuestionado y, evidentemente, la Iniciativa de Defensa Estratégica en absoluto demostró esa capacidad<sup>21</sup>. De igual modo, no se entiende que la URSS renunciara a su imperio en Europa Oriental únicamente en razón del contexto estructural de debilidad, o a cambio de mejorar su situación económica: la teoría realista nos dice que no se debe sacrificar seguridad a cambio de otras ventajas, además de que las reformas económicas no eran en sí mismas incompatibles con el mantenimiento de un poder militar notable<sup>22</sup>.

Una visión estrictamente realista tampoco explica por qué los países de la CE aceptaron la unificación alemana dentro del marco europeo, cuando podrían haber recurrido a crear un bloque que contrapesara la creciente influencia alemana. En

otras palabras, el cambio de 1989 pudo haber dado lugar a un retorno a la Europa basada en el equilibrio de potencias y las alianzas de contrapeso, pero no fue así, sino que se profundizó en el proceso de integración. Finalmente, tampoco el realismo consigue explicar cómo la Alemania unida pudo acabar por renunciar a uno de los símbolos más preciados de su soberanía nacional, el marco, en ese proceso de unidad europea<sup>23</sup>.

## 2. LA VISIÓN LIBERAL

Si la escuela realista se centra en los aspectos estructurales del sistema internacional, la teoría liberal prefiere ocuparse de los intereses de aquellos actores implicados en la formación de la política exterior de cada país (gobierno, partidos, parlamento, grupos de presión, fuerzas armadas...). De este modo, en lugar de considerar que existe un interés nacional objetivo, se opta por descubrir los mecanismos a través de los cuales cada grupo ejerce su influencia con vistas a que sus posiciones sean tenidas en cuenta. La política nacional sería así el resultado de la articulación de esos intereses<sup>24</sup>.

Desde esta perspectiva, los líderes soviéticos habrían realizado una reevaluación de las preferencias nacionales, la cual les habría conducido a permitir un acontecimiento, la reunificación alemana dentro de la OTAN, que anteriormente resultaba totalmente inaceptable. Así, se resalta que el nuevo liderazgo soviético (encabezado por Gorbachov) procedía de un grupo de *aparatchiki* con intereses diferentes a los tradicionales. Mientras lo más habitual en el pasado había sido el encontrar en el *Politburó* o en el Comité Central del PCUS a personas procedentes de la industria pesada y del complejo militar-industrial, Gorbachov y sus compañeros provenían preferentemente de la industria de bienes de consumo o de la agricultura. Precisamente, su percepción negativa de la situación eco-

<sup>20</sup> Cf. Lebow, Richard Ned, "The Long Peace, the End of the Cold War, and the Failure of Realism", en Lebow, Richard Ned y Risse-Kappen, Thomas (eds.), *International Relations Theory and the End of the Cold War*. Nueva York, Columbia University Press, 1995, 30-32.

<sup>21</sup> Cf. Zubok, Vladislav, *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría*. Barcelona, Crítica, 2008, 505-518.

<sup>22</sup> Cf. Lebow, Richard Ned, "The Long Peace", op. cit., 35.

<sup>23</sup> Intentos como el de Grieco de justificar esa cesión por temor al creciente poderío japonés no resultan en absoluto convincentes en una década (la de los 90) de estancamiento económico en Japón. Vid. Grieco, Joseph, "The Maastricht Treaty, Economic and Monetary Union and Neo-realist Research Program", *Review of International Studies*, vol. 21, 1 (1995), 21-40.

<sup>24</sup> Cf. Moravcsik, Andrew, "Liberal Theory of International Politics", *International Organization*, vol. 54, 1 (otoño, 1997), 516-24.

nómica les llevó a considerar que cualquier reforma pasaba por dar más peso a esas actividades, al tiempo que se recortaban los gastos militares y la inversión en la industria pesada. Pero dicha reforma precisaba de dos condiciones previas: un descenso en la tensión Este-Oeste que permitiera contener el gasto militar; y una política de cooperación con Occidente que fomentara tanto el desarrollo de los lazos comerciales como la transferencia de tecnología y prácticas empresariales hacia la URSS. En definitiva, se trataba de retornar al viejo sueño de Pedro el Grande, para lograr la modernización del país a través de la colaboración occidental<sup>25</sup>.

Desde esta óptica, Gorbachov no se habría visto obligado a aceptar la reunificación alemana, sino que se habría atrevido a llevar a cabo una abierta redefinición de las preferencias nacionales. La experiencia de la distensión de los 60 le habría convencido de que la principal preocupación de la URSS no era la seguridad frente a una Alemania unida o frente a Occidente, sino la pésima situación económica, por lo que sería preciso el dar prioridad a esta dimensión, reduciendo los compromisos financieros vinculados al mantenimiento del imperio tanto en Europa Oriental como en otras regiones (retirada de Afganistán, acuerdos de paz en Centroamérica...). La RFA era el país occidental con quien la URSS mantenía ya unas relaciones económicas más estrechas, de manera que la reunificación podría incluso reforzar esa colaboración, habida cuenta de que resultaba posible el explotar los lazos establecidos entre la RDA y la URSS. Para Randall Newnham, la RFA habría “comprado” de hecho la reunificación mediante una oferta de ayuda económica a Gorbachov en el Cáucaso<sup>26</sup>.

El liberalismo también puede ser utilizado para explicar la actitud de los vecinos europeos. La

principal preocupación de las nuevas élites empresariales en los países de la CE no era la cuestión alemana, sino el crear un mercado único que reforzara su capacidad competitiva en la escena internacional ante el temor de verse relegados por la globalización. También algunos líderes políticos compartían esta visión (por ejemplo, Jacques Delors), al tiempo que muchos ciudadanos europeos habían aprendido a convivir pacíficamente con la RFA dentro del marco comunitario. De este modo, las opciones basadas en cálculos realistas y equilibrios de poder, como las aportadas por Thatcher o (inicialmente) Mitterrand, no alcanzaron un gran apoyo interno, ya que suponían una amenaza para los lazos económicos y políticos construidos entre los países de Europa Occidental desde 1945. De ahí que la respuesta europea a la reunificación se basara precisamente en reforzar aún más esos lazos mediante un proyecto de unión económica y monetaria y de unión política (aprobado posteriormente en Maastricht). Este análisis también permitiría entender la caída de Thatcher, incapaz de reorientar su política hacia este nuevo compromiso, en un entorno de profundas críticas por parte de las élites británicas<sup>27</sup>.

Finalmente, esta aproximación liberal subraya que la impaciencia del Canciller Kohl por lograr una rápida unificación se basaba en sus propios cálculos electorales: en diciembre de 1990 se celebrarían elecciones generales en la RFA y las perspectivas hasta ese momento eran confusas, por lo que Kohl habría jugado la carta de convertirse en el “Canciller de la unidad”, reforzando así su respaldo electoral. Ello implicaba el que la unificación debía producirse antes de las elecciones, de modo que trató de evitar planes graduales que implicaran procesos a más largo plazo. Y de ahí también su precipitación en imponer su proyecto de unión moneta-

<sup>25</sup> Cf. Wallander, Celeste A., y Prokop, Jane E., “Soviet Security Strategies toward Europe: After the Wall with Their Backs up”, en Keohane, Robert O., Nye, Joseph y Hoffmann, Stanley (eds.), *After the Cold War. International Institutions and State Strategies in Europe, 1989-91*. Cambridge Ma., Harvard University Press, (1993), 98-100. Wallander, Celeste A., “Western Policy and the Demise of the Soviet Union”, *Journal of Cold War Studies*, vol. 5, 4 (otoño, 2003), 162-163. Snyder, Jack, *Myths of Empire: Domestic Politics and International Ambition*. Ithaca, Cornell University Press, 1991.

<sup>26</sup> Cf. Wallander, Celeste A., y Prokop, Jane E., “Soviet Security”, op. cit., 93-100. Doyle, Michael, “Liberalism and the End of the Cold War”, en Lebow, Richard Ned, y Risse-Kappen, Thomas (eds.), *International Relations*, op. cit., 85-108. Newnham, Randall, “The Price of German Unity: The Role of Economic Aid in the German-Soviet Negotiations”, *German Studies Review*, vol. 22, 3 (octubre, 1999), 428-433.

<sup>27</sup> La percepción de las élites británicas no implicaba un deseo de grandes avances en la integración europea, pero sí eran conscientes de que el Reino Unido no debía de quedarse al margen de la nueva Unión, repitiendo los errores de los años 50. De ahí que el nuevo Primer Ministro, John Major, optara por una política de pequeñas concesiones con vistas a limitar los grandes avances en la integración. Cf. Deighton, Ann, *On the Cusp?*, op. cit., 5-12.

ria interalemana en la primavera de 1990, aplicando un tipo de cambio entre el marco occidental y el oriental de 1/1, lo que resultaba del todo incoherente con la realidad económica, pero que suponía una transferencia de renta significativa para los ciudadanos germanoorientales<sup>28</sup>. También en esta línea electoralista podemos interpretar las reticencias iniciales de Kohl a la hora de que los parlamentos de ambas Alemanias reconocieran la Línea Oder-Neisse como frontera definitiva con Polonia. Resultaba obvio que la comunidad de expatriados procedentes de los territorios al Este del Oder no recibiría con agrado dicho reconocimiento, siendo muchos de sus integrantes votantes habituales de la CDU de Kohl<sup>29</sup>.

Pero la RFA se caracterizaba por poseer un sistema político en el que la formación de la voluntad nacional requería de la aprobación de numerosos agentes (*veto powers*), cuya conformidad no podía darse por descontada<sup>30</sup>. Este hecho se reflejaba en el propio gobierno federal, en el que existía una coalición CDU-CSU-FDP, quedando la cartera de Exteriores en manos del liberal Hans-Dietrich Genscher, quien no deseaba otorgar ventajas electorales a su rival Kohl. De ahí su insistencia en un rápido reconocimiento de la Línea Oder-Neisse, chocando públicamente con la opinión del Canciller. De hecho, la combinación de presiones internas y externas obligó a Kohl a aceptar un reconocimiento previo a la unificación.

Al mismo tiempo, también los actores económicos jugaron un papel significativo. Las asociaciones de empresarios otorgaron su firme apoyo a una rápida unidad nacional, considerando las posibles ventajas derivadas de disponer de 17 millones de nuevos ciudadanos, muchos de los cuales constituían una mano de obra cualificada y barata, lo que les podía permitir deslocalizar aquella parte de sus

actividades más intensiva en mano de obra. Por su parte, el *Bundesbank* optó por una posición mucho más cauta, temiendo que una unión monetaria demasiado rápida hundiera la estructura productiva de la RDA al encarecerse sus costes de producción (debido al tipo de cambio escogido), al tiempo que obligaría a un flujo masivo de ayudas desde la RFA, con el efecto de tensiones inflacionistas. En cualquier caso, Kohl fue capaz de imponerse a la resistencia del *Bundesbank*<sup>31</sup>.

Las principales objeciones que se le pueden plantear a esta visión liberal se centran en la posición de la URSS. En primer lugar, podríamos preguntarnos si los intereses de la nueva élite gubernamental eran tan diferentes de los de la dirección *brezneviana*. Es cierto que Gorbachov se rodeó de nuevos líderes, pero ni esto supuso la desaparición de toda la vieja guardia, ni tampoco había una clara distinción entre los grupos de pertenencia de unos y otros. Por otra parte, si Gorbachov intentaba reformar el sistema económico soviético, podía haber seguido el camino intentado por Yuri Andropov (modificando los mecanismos administrativos y de gestión existentes con vistas a hacerlos más eficientes) o por Deng Xiaoping (introducir un sistema de economía de mercado con peculiaridades), pero sin llevar a cabo reformas políticas a nivel interno o en el área exterior. En definitiva, el experimento chino había demostrado ya entonces que la modernización capitalista no era incompatible con la continuidad del régimen comunista o con el mantenimiento del status de potencia mundial.

### 3. LA APROXIMACIÓN CONSTRUCTIVISTA

La visión constructivista de las Relaciones Internacionales no hace referencia a la existencia de

<sup>28</sup> Cf. Marsh, David, *Germany and Europe: The Crisis of Unity*. Londres, Heinemann, 1994, 84. Rothschild, Kurt W., "Like a Lehrstück by Brecht. Notes on the German Reunification Drama", *Cambridge Journal of Economics*, 17, 260-4. Jarausch, Konrad H., *The Rush to German Unity*. Nueva York, OUP, 1994, 144.

<sup>29</sup> Cf. Merkel, Peter H., *German Unification*, op. cit., 36-39.

<sup>30</sup> El concepto de *veto powers* ha sido desarrollado por George Tsebelis, designando a aquellos actores con capacidad para bloquear una determinada iniciativa política, tales como cámaras del Parlamento, agencias independientes, órganos jurisdiccionales... Cuanto mayor es su abundancia, mayor es la necesidad de amplios acuerdos en la política nacional, lo que resultaba evidente en el caso de la RFA. Vid. Tsebelis, George, "Veto Players and Law Production in Parliamentary Democracy: An Empirical Analysis", *The American Political Science Review*, vol. 93, 3 (septiembre, 1999), 591-608.

<sup>31</sup> Cf. Anderson, Jeffrey, *German Unification and the Union of Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, 57. Marsh, David, *El Bundesbank. El banco que gobierna Europa*. Madrid, Celeste Ed., 1994, 297-8 y 500. Hoffmann, Lutz, "Die Währungsunion-Eine Entscheidung mit Folgen", *DIW Vierteljahrshefte zur Wirtschaftsforschung*, 2 (2000), 152-162.

unos intereses objetivos por parte de los distintos agentes, sino que esos intereses dependen de nuestra propia percepción de la realidad, resultando contruados socialmente. Los actores (entre ellos, los Estados) construyen normas e identidades a través de ideas, que van a moldear su visión de los propios intereses, influyendo de esta manera en su comportamiento. Los mecanismos que hacen surgir esas ideas son tanto la socialización como el aprendizaje<sup>32</sup>.

Con respecto a la reunificación alemana, el constructivismo subraya como factor fundamental la llegada al poder en Moscú de una nueva generación de políticos, encabezados por Gorbachov, que poseía un auténtico “Nuevo Pensamiento”, el cual provenía de diversos orígenes. Los años 60 y comienzos de los 70 permitieron notables avances en la distensión, desarrollándose unos contactos más normalizados entre la URSS y los países occidentales, de tal forma que muchos miembros de la élite soviética (en diversas posiciones de poder) pudieron forjar un tejido de relaciones con sus homólogos occidentales, creando entre ellos un clima de mayor confianza y comprensión, lo que modificó su visión de Occidente y les hizo replantearse algunos principios de la ideología oficial soviética<sup>33</sup>. Este resultado fue especialmente claro en el caso alemán, donde la *Ostpolitik*, cuyo principal objetivo era el promover un cambio en la actitud de la URSS hacia la unidad alemana, permitió un acercamiento aún más sólido; así, la RFA se convirtió en el principal socio económico de la URSS en Occidente, a pesar de algunas situaciones problemáticas en los años siguientes<sup>34</sup>.

Pero el Nuevo Pensamiento también era hijo de una serie de amargas experiencias que sufrieron los nuevos dirigentes. La invasión de Checoslova-

quia fue percibida por muchos de ellos como un fracaso en la evolución del socialismo, al tiempo que la intervención en Afganistán constituía una imparable hemorragia de recursos económicos y humanos que no parecía conducir a ningún resultado claro. Asimismo, otras aventuras en países como Angola o Nicaragua habían desembocado en situaciones de estancamiento, en las que la URSS debía aportar cuantiosos recursos a unos aliados incapaces de alcanzar la victoria definitiva, al tiempo que el desastre de Chernobil puso en evidencia la fragilidad y el atraso de la tecnología soviética. Finalmente, el estancamiento de la Era Breznev supuso un auténtico mazazo para las aspiraciones de muchos cuadros comunistas, que veían cada vez más lejos las antiguas expectativas de Krushev de convergencia en desarrollo y bienestar con el mundo capitalista. No se trataba tanto de una caída drástica en el nivel de vida de los ciudadanos soviéticos, sino de la convicción de que las viejas promesas eran vanas, y de que el país estaba condenado a mantener su atraso con respecto a Occidente<sup>35</sup>.

Esta mezcla de influencias condujo a los dirigentes soviéticos a considerar que el cambio en el país no podía limitarse a aspectos de tipo técnico ni a una estricta reforma económica, sino que debía afectar tanto a la sociedad soviética como a la política nacional e internacional. La plasmación de estas ideas se centró en reformas domésticas (*Glasnost* y *Perestroika*), pero también en una política de acercamiento a Occidente, con vistas no sólo a reducir las tensiones entre bloques y detener la carrera armamentista, sino a crear un nuevo clima de colaboración que permitiera tanto la solución de numerosos conflictos como la modernización de la URSS.

<sup>32</sup> Vid. Wendt, Alexander, *Social Theory of International Politics*. Nueva York, Cambridge University Press, 1999. Adler, Emmanuel, “Seizing the Middle Ground: Constructivism in World Politics”, *European Journal of International Relations*, vol. 3, 3 (septiembre, 1997), 319-363.

<sup>33</sup> Cf. English, Robert, “The Sociology of New Thinking. Elites, Identity Change, and the End of the Cold War”, *Journal of Cold War Studies*, vol. 7, 2 (primavera, 2005), 51-60. Risse, Thomas, “Let’s Argue: Communicative Action in World Politics”, *International Organization*, vol. 54, 1 (invierno, 2000), 1-40.

<sup>34</sup> Sobre los lazos económicos de la RFA con el Este, vid. Rudolph, Karsten, “German Foreign Trade Policy in the Light of Recent Research”, *Contemporary European History*, vol. 8, 1 (marzo, 1999), 159-171. Respecto a las tensiones, el Canciller Schmidt siempre fue muy reticente a unirse a las sanciones occidentales contra la URSS por la situación en Polonia, ya que deseaba mantener los frutos de la *Ostpolitik*. Cf. Garton Ash, Timothy, *In Europe’s Name: Germany and the Divided Continent*, Nueva York, Random House, 1994, 248-52.

<sup>35</sup> Cf. Bennett, Andrew, “The Guns That Didn’t Smoke: Ideas and the Soviet Non-Use of Force in 1989”, *Journal of Cold War Studies*, vol. 7, 2 (primavera, 2005), 92-93. English, Robert, “The Sociology”, op. cit., 60.

Sin embargo, esta orientación de la política exterior se hizo a costa de olvidar a sus aliados de Europa Oriental, los cuales vivían durante los 80 unos momentos difíciles en razón de su estancamiento económico y de su fuerte endeudamiento exterior. Durante la segunda mitad de esa década, se lanzaron desde Moscú avisos a los dirigentes de esos países en el sentido de que tendrían libertad de acción para escoger sus propias vías de desarrollo económico, pero que debían tener en cuenta que ellos mismos serían los responsables de los resultados, no pudiendo contar con un apoyo significativo por parte de Moscú. Pero el paso más decisivo se dio en mayo de 1989, cuando la URSS anunció oficialmente el fin de la Doctrina Breznev, de tal manera que quedaba descartada una intervención militar soviética para sostener el comunismo en Europa Oriental<sup>36</sup>.

El abandono de la Doctrina Breznev era una muestra inequívoca de ese Nuevo Pensamiento gorbachoviano, caracterizado por sus reparos ante el uso de la fuerza, en contraposición con lo que había sido característico de la política soviética en el pasado. Pero el hecho de hacer pública esa renuncia iba incluso más allá, ya que despejaba cualquier duda entre los opositores de esos países y entre los gobiernos occidentales: la URSS no volvería a ser el salvavidas de los regímenes comunistas en Europa del Este. Tal anuncio tuvo como efecto no intencionado el dinamizar a las fuerzas opositoras, que tomaron conciencia de que su combate tenía entonces un solo enemigo, la élite comunista nacional, pero ya desprovista del apoyo soviético, dándose además un “efecto de desbordamiento” desde los países más reformistas hacia los conservadores<sup>37</sup>. En el caso de la RDA, los efectos de ese cambio

condujeron a una doble tendencia: por un lado, el éxodo de refugiados hacia las embajadas de la RFA en el bloque del Este, así como el gran crecimiento del número de solicitudes para emigrar; por otro, el auge de manifestaciones en las calles que exigían reformas, en las que participaba un número cada vez más significativo de ciudadanos<sup>38</sup>.

El Nuevo Pensamiento también se puso de manifiesto en la reacción ante estos acontecimientos. Desde Moscú se trató de coordinar una respuesta común con la RFA, al tiempo que se influía entre bastidores sobre las autoridades de Berlín Este para que avanzaran en las reformas y llegaran a algún tipo de entendimiento con sus homólogos de Bonn. Indudablemente, la herencia de la *Ostpolitik* jugó un papel decisivo a la hora de permitir esta aproximación sin precedentes a la cuestión alemana<sup>39</sup>.

La respuesta de la RFA trató de combinar la búsqueda de una rápida unidad nacional con el ofrecimiento de garantías a la URSS sobre la fiabilidad de la futura Alemania. Ya con anterioridad, el ministro de Exteriores Genscher había sido el partidario más decidido en Occidente del proyecto de “Casa Común” europea auspiciado por Gorbachov<sup>40</sup>, al tiempo que desde Bonn se subrayaba que la RFA constituía un socio fiable para la URSS en un momento en que el bloque oriental mostraba síntomas de descomposición, y cuando en esos países aparecían fuerzas de oposición cuyas simpatías por la URSS resultaban bastante improbables. De este modo, la RFA se presentó como el mejor nexo de unión entre la URSS y Europa, en un momento en el que la primera temía especialmente el caer en una situación de aislamiento, volviendo a los días del “Socialismo en un solo país”<sup>41</sup>.

<sup>36</sup> Cf. Zubok, Vladislav M., “New Evidence on the End of the Cold War”, *CWIHP Bulletin*, vol. 12-3 (otoño-invierno, 2001), 8. Lévesque, Jacques, *The Enigma of 1989: The USSR and the Liberation of Eastern Europe*. Berkeley, University of California Press, 1997, 54-58.

<sup>37</sup> Cf. Zubok, Vladislav M., “New Evidence”, op. cit., 11. Kramer, Mark, “The Collapse of East European Communism and the Repercussions Within the Soviet Union” (Part I), *Journal of Cold War Studies*, vol. 5, 4 (otoño, 2003), 182-183.

<sup>38</sup> Cf. Jarausch, Konrad H., *The Rush to German Unity*. Nueva York, OUP, 1994, 19-25 y 39-41. Lohmann, Susanne, “The Dynamics of Informational Cascades. The Monday Demonstrations in Leipzig, East-Germany, 1989-91”, *World Politics*, vol. 49, 2 (1997), 75.

<sup>39</sup> Cf. Hertle, Hans-Hermann, “The Fall of the Wall: The Unintended Self-Dissolution of East Germany’s Ruling Regime”, *CWIHP Bulletin*, vol. 12/13 (otoño-invierno, 2001), 139.

<sup>40</sup> El proyecto consistía en ir superando el antagonismo entre bloques a través de la cooperación, pudiendo a largo plazo superar la división del continente. Cf. Rey, Marie-Pierre (2004), “Europe is Our Common Home: A Study of Gorbachev’s Diplomatic Concept”, *Cold War History*, vol. 4, 2 (2004), 51.

<sup>41</sup> Cf. Genscher, Hans-Dietrich, *Rebuilding a House Divided*. Nueva York, Broadway Books, 1998, 384-5. Diekmann, Kai, y Reuth, Ralf-Georg, *Helmut Kohl: yo quise la unidad de Alemania*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, 319.

Este clima de confianza germano-soviético permitió el que la URSS se mostrara más abierta a la idea de unificar los dos Estados alemanes a través de un proceso de progresivo acercamiento entre ambos, al tiempo que se iría experimentando también a una aproximación entre bloques, que finalmente acabarían por diluirse, para dar paso a una estructura paneuropea de seguridad y cooperación. No obstante, el rápido derrumbe de la RDA y las dificultades internas en la URSS hicieron inviable ese proyecto, por lo cual la opción de una rápida unificación apareció como la única posible. Pero aún quedaba pendiente el problema de que el gobierno de Bonn (y Estados Unidos) exigía que dicha unificación tuviera lugar dentro del marco de la OTAN. Sin embargo, la actitud de la RFA en esos momentos, convirtiéndose en el principal apoyo de los intereses soviéticos en Occidente, facilitó el acuerdo del Cáucaso entre Kohl y Gorbachov de julio de 1990, que eliminó los últimos obstáculos a la unificación<sup>42</sup>.

El relato constructivista también destaca que los vecinos europeos de Alemania habrían ido modificando su percepción de ese país desde la posguerra. Si, inicialmente, su principal preocupación había sido la de la contención del poder alemán, ejercida tanto mediante la división del país como mediante su inclusión en la OTAN, ahora se consideraba que la RFA había sido un colaborador leal que no albergaba deseos revanchistas. Esta visión positiva de la RFA había calado entre las élites y amplios círculos de la población. Lo que desde estos países se demandaba sobre todo era que la unificación no modificara esa actitud tradicional de Bonn como firme soporte de la cooperación multilateral y de la integración europea<sup>43</sup>.

Y precisamente la auténtica prueba de fuego de la firmeza del compromiso alemán hacia Europa era, desde el punto de vista de la mayoría de sus socios, su apoyo a la unión económica y monetaria europea. Si en los últimos años, las críticas al excesivo poderío alemán en el terreno monetario ha-

bían sido comunes entre los países de la CE, la disposición a compartir la soberanía en un área tan fundamental transmitiría una señal inequívoca de que la nueva Alemania unida había interiorizado su orientación europeísta, descartando cualquier ambición hegemónica en el continente. De ahí que la labor del Presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors, se centrara en facilitar la ampliación de la CE al territorio de la antigua RDA, al tiempo que articulaba un compromiso de avance en la integración, acordado finalmente en Maastricht en 1991. De este modo, esa nueva percepción con respecto a Alemania es la que permitió que su unidad nacional pudiera alcanzarse de forma paralela al reforzamiento del marco de integración europea<sup>44</sup>.

Por último, la propia imagen que los alemanes tenían de sí mismos se había transformado desde 1945, a raíz del impacto de la derrota militar y de la confrontación con los horrores cometidos durante el conflicto. La RFA era un país que se había acostumbrado a renunciar a las grandes ambiciones en la política mundial, aprovechando al mismo tiempo el largo período de paz para alcanzar un notable nivel de prosperidad económica. La población había ido abandonando sus vínculos sentimentales con los territorios perdidos en el Este y con el sueño de una Gran Alemania, al tiempo que se otorgaba una alta valoración a la idea europeísta. A esto se unían fuertes reticencias ante cualquier aventura militar en el exterior, predominando una concepción puramente defensiva de sus fuerzas armadas. De este modo, la RFA fue caracterizada como una potencia civil (*Zivilmacht*), muy influyente en su dimensión económica a nivel internacional, pero que eludía la clásica política de poder, vinculada al uso de la fuerza<sup>45</sup>.

Los cambios acaecidos en el bloque oriental y el rápido derrumbe del régimen comunista en la RDA llevaron a las autoridades de Bonn a hacer frente a un desafío con el que no habían contado: el compatibilizar la unidad nacional, dando res-

<sup>42</sup> Estos obstáculos se centraron en reducir las fuerzas armadas de la Alemania unida, permitir temporalmente la presencia de tropas soviéticas en el territorio de la ex-RDA, así como garantizar que Alemania no sería una plataforma militar que pudiera amenazar la seguridad de la URSS. Cf. Lion Bustillo, Javier, *La reunificación*, op. cit., 98-101.

<sup>43</sup> Cf. Lion Bustillo, Javier, *La Comunidad Europea ante la Unificación Alemana*. Tesis Doctoral defendida en la Universidad de Cádiz, 2004 (no publicada), 194-201 y 334-338.

<sup>44</sup> *Ibid.*, 245-248. Ross, George, *Jacques Delors and European Integration*. Cambridge, Polity Press, 1995, 83-87.

<sup>45</sup> Cf. Merkl, Peter H., *German Unification*, op. cit., 122-124. Maull, Hans, "Germany and Japan: The New Civilian Powers", *Foreign Affairs*, vol. 69, 5 (invierno, 1990-91), 91-110.

puesta a la crisis existente al otro lado de la frontera interalemana, con el deseo de mantener ese país próspero y pacífico en el que habían vivido durante los últimos 40 años. Y la forma de hacerlo fue el desarrollar de forma paralela el proceso de unidad nacional y el de profundización de la integración europea. Por ello, la nueva Alemania unida aceptó sin grandes sacrificios un recorte notable de sus fuerzas armadas, la renuncia a fabricar o poseer armamento nuclear, o el reconocimiento de la Línea Oder-Neisse, ya que la visión de su papel en el mundo era claramente distinta de la que prevalecía en Francia o en el Reino Unido<sup>46</sup>. En definitiva, tanto entre las élites como entre la población, la nueva Alemania apostaba por la continuidad con respecto a la RFA, siendo reticente ante cualquier aventurerismo exterior. Y esa percepción era apreciada por sus vecinos europeos o por la URSS, lo que facilitó el camino hacia la unificación.

Los principales problemas que se pueden plantear a la visión constructivista radican en la veracidad o no de la retórica de los actores implicados. Así, se puede objetar que el Nuevo Pensamiento gorbachoviano simplemente sería una estrategia para tratar de dividir a Occidente<sup>47</sup>. Y sus concesiones en armamentos o la eliminación de la Doctrina Breznev simplemente ocultarían un redimensionamiento de la política exterior soviética, forzado por las circunstancias: Gorbachov habría aceptado la unificación alemana sólo en un momento (verano de 1990) en el que la situación interna de la URSS era de profunda debilidad y cuando el bloque oriental evidenciaba claros síntomas de descomposición. Por ello, los líderes breznevianos (que no compartían el Nuevo Pensamiento) no articularon ninguna política alternativa.

Igualmente, se puede argüir que el discurso europeísta de los países de la CE escondía su falta de poder para bloquear la unificación alemana en el otoño de 1989, debiendo conformarse con aceptar la realidad de una rápida unificación. Y el europeísmo alemán ocultaría en realidad un deseo de aprovechar las circunstancias para expandir el poder alemán, utilizando para ello sus grandes recursos económicos, como puso en evidencia su apoyo

económico a Hungría a cambio de que ésta abriera la frontera con Austria, permitiendo el éxodo de miles de ciudadanos germanoorientales<sup>48</sup>.

## CONCLUSIONES

Un balance global de estas visiones nos permite realizar una valoración de cuál de ellas posee una mayor capacidad explicativa de la dimensión exterior de la unificación alemana. El realismo resulta una aproximación convincente a la hora de dar cuenta de la actitud estadounidense, consistente en aprovechar unas circunstancias históricas favorables para reducir la influencia de la superpotencia hasta entonces rival, dando paso a la liquidación de la división de Europa en bloques antagónicos, y configurando un modelo de poder unipolar a escala mundial. Precisamente, el fin de la Guerra Fría permitía que Estados Unidos pudiera dejar de concentrar su atención en Europa (como había hecho hasta entonces) y pasara a otorgar prioridad a otras áreas (Asia Oriental, Oriente Medio) que se consideraban claves para el mantenimiento de esa unipolaridad en el futuro. La liquidación pacífica del imperio soviético y la configuración de una Alemania unida como socio privilegiado y garante de la estabilidad en Europa parecían concordar con esos objetivos, de modo que la política estadounidense se ajustó a ellos.

También el realismo es útil para entender tanto el que la RFA quisiera la caída del régimen de la RDA y la unificación, como las reticencias de algunas potencias europeas ante la hipótesis de una pérdida de influencia frente al creciente poderío alemán. Por último, resulta igualmente comprensible el que la URSS pretendiera reducir sus compromisos exteriores en unos momentos en los cuales su economía vivía serias dificultades y, por tanto, no se podía esperar que Gorbachov encabezara una operación de “rescate” económico de la RDA ante los problemas existentes en su país.

El liberalismo nos aporta una imagen menos homogénea de la política exterior de los distintos actores, especialmente relevante en los casos de la URSS y la RFA. Las autoridades de Moscú no

<sup>46</sup> De hecho, Alemania decidió más tarde que dicho recorte fue mucho más allá de lo que el Tratado 2+4 estableció.

<sup>47</sup> Cf. Menges, Constantine C., *The Future of Germany and the Atlantic Alliance*. Washington D.C.: The AEI Press, 1991, 5.

<sup>48</sup> La tendencia alemana a esconder la defensa de intereses nacionales apelando al interés europeo es ampliamente subrayada en Garton Ash, Timothy, *In Europe's Name*, op. cit.

siempre albergaron una visión única de la RDA, ya que mientras en círculos militares se valoraba notablemente su contribución al sistema de seguridad soviético, entre algunos tecnócratas y diplomáticos se la consideraba más como una carga económica y política, lo que lógicamente contribuyó a replantear la visión de una Alemania unida. Además, la fuerte posición de poder de Gorbachov en el entramado institucional de la URSS le permitió eludir una intervención más activa de aquellos círculos militares y diplomáticos que eran más reacios a abandonar la joya del imperio stalinista, la RDA<sup>49</sup>.

Por su parte, los intereses particulares de los distintos actores en la política de la RFA desembocaron en precipitar el ritmo del proceso, al tiempo que determinaron unas condiciones para la unidad que aceleraron el hundimiento de la RDA (especialmente, la creación de un “mercado laboral único”) y su dependencia con respecto al rescate económico por parte de la RFA. Con ello, se logró con rapidez la unidad nacional, pero la terapia de choque que la siguió condujo a que la nueva Alemania se refugiara más en sus problemas internos y pasara a tener un perfil bajo en la arena internacional.

Pero es el constructivismo la visión que nos aporta una perspectiva más amplia sobre el conjunto del proceso. Así, es capaz de explicar por qué la URSS no optó por mantener el *statu quo* (como, por ejemplo, hizo España en los siglos XVII y XVIII), aceptando un lento declive y redimensionando su imperio sólo paso a paso. También pudo haber acometido una reforma estrictamente técnica o económica (siguiendo el modelo chino) que mantuviera los fundamentos de su política exterior. Por el contrario, el constructivismo permite entender las razones que llevaron a Gorbachov a descartar esas opciones, prefiriendo el promover un cambio de más amplio espectro, que afectaba a las bases ideológicas del régimen, a su funcionamiento institucional y a su papel en el mundo.

Asimismo, nos explica el abandono de la Doctrina Breznev y su anuncio oficial, así como la falta de apoyo a cualquier solución de fuerza que pudieran adoptar los dirigentes comunistas de Europa del Este. Y ello se dio en un momento en el que, sin embargo, las tropas del Ejército Popular de Libe-

ración chino demostraron que era posible contener mediante la fuerza las aspiraciones sociales al cambio político, al tiempo que el país progresaba en la modernización y en el bienestar económico. Este modelo nunca resultó atractivo para Gorbachov y su grupo, y sólo el rechazo ideológico permite comprender esta actitud.

La debilidad de un determinado país no es siempre sinónimo de que éste deba hacer a corto plazo grandes concesiones en su política exterior. Si la URSS de Gorbachov se encontraba en una posición tan difícil como para tener que aceptar la renuncia a su cordón defensivo en Europa Oriental, no se entiende su oposición a devolver la Islas Kuriles a Japón, un activo estratégico mucho más secundario. Al propio tiempo, este mismo ejemplo sirve para desmontar la hipótesis de que la unidad alemana se consiguió simplemente a cambio de una considerable ayuda económica por parte germana, ya que las ofertas japonesas sobre la Kuriles fueron incluso más generosas. Mas bien, el caso de las Kuriles ilustra, tal como ha señalado Tuomas Forsberg, la importancia de la confianza generada entre Bonn y Moscú como factor determinante a la hora de comprender los acuerdos del Cáucaso entre ambos. Esa confianza no significaba sólo la creencia en que el revanchismo alemán había desaparecido, sino también que la nueva Alemania iba a convertirse en el auténtico socio privilegiado de Moscú en Occidente y en su principal valedor en aquellos foros internacionales (OTAN, G-7, GATT...) en los que la URSS no estaba presente<sup>50</sup>.

También el constructivismo permite entender la razón por la cual no se formó una coalición antialemana entre sus vecinos europeos, debido a que éstos creían que era posible el evitar un retorno a la vieja política de poder característica de la Historia continental. De ahí que finalmente apostaran por una solución basada en los pilares creados por Jean Monnet (evidenciando una fuerte *path dependence*); todos compartían la voluntad de conservar lo alcanzado, realizando los ajustes necesarios para que el experimento comunitario pudiera avanzar, compatibilizando unidad alemana y europea, tal como se había afirmado en numerosas declaraciones políticas del pasado.

<sup>49</sup> Cf. Zubok, Vladislav M., “New Evidence”, op. cit., 8-10.

<sup>50</sup> Cf. Forsberg, Tuomas, “Economic Incentives, Ideas, and the End of the Cold War: Gorbachev and German Unification”, *Journal of Cold War Studies*, vol. 7, 2 (primavera, 2005), 152-161.

Y, por último, el constructivismo nos explica por qué la nueva Alemania aceptó las condiciones establecidas en los Acuerdos 2+4 y en el Tratado de Maastricht. En ambas situaciones, el poder alemán se vería claramente limitado (tanto en el terreno militar como en el económico), lo cual no se comprende desde la perspectiva realista, salvo que consideremos que las autoridades alemanas lo hicieron simplemente como una forma de facilitar su unidad nacional, evitando la formación de una coalición hostil. Pero esta posibilidad queda descartada por el comportamiento que la nueva Alemania ha tenido posteriormente en la escena internacional. En primer lugar, el país ha cumplido esos compromisos contraídos, destacando la unión monetaria europea. Es cierto que su política exterior se ha hecho algo menos proclive a apoyar iniciativas que supusieran un incremento de su contribución a la UE, pero ello es perfectamente comprensible en un contexto de graves dificultades económicas derivadas de la unificación (grandes transferencias de recursos hacia el Este, fuerte desempleo en los nuevos *Länder*...) y de débil crecimiento. Pero, por otra parte, la línea política dominante ha sido la de mantener su carácter de “potencia civil”, con unos gastos militares muy modestos y sin ninguna disposición a alcanzar el estatus de potencia nuclear. Es cierto que el país ha participado con notables recursos en distintas intervenciones militares en el exterior, pero siempre lo ha hecho mostrando gran reticencia y con considerable presión por parte de sus aliados, al tiempo que enmarcándose en acciones multilaterales con fuerte respaldo en la comunidad internacional<sup>51</sup>.

En definitiva, podemos decir que el final de la Guerra Fría y la unificación de Alemania fueron procesos complejos que pueden ser analizados desde diferentes puntos de vista, los cuales enriquecen nuestra apreciación. Es preciso valorar que la situación de debilidad de la economía soviética y la fuerte crisis en la RDA hacían difícil que las autoridades de Moscú fueran capaces de aportar la ayuda que precisaba el régimen de Berlín Este para mantenerse a flote, al tiempo que el éxodo de población hacia Occidente tras la apertura del Muro creaba una situación para la que no había respuestas económicas en Moscú. Pero no es menos cierto que lo que de verdad diferenció la crisis de 1989 de la de 1953 fue que los dirigentes soviéticos ya no consideraban aceptable el recurrir a la fuerza para conservar su imperio. De hecho, la oposición al uso de la fuerza es la que permitió la movilización de un gran volumen de opositores. A partir de ahí se generó una presión que condujo a la apertura del Muro, haciendo inviable la continuidad de la RDA, que sólo podría haber sido mantenida mediante la pura coerción. En estas circunstancias, la nueva relación entre Occidente (especialmente la RFA) y la URSS permitió un compromiso basado en la cooperación. En definitiva, fue la existencia de unas nuevas ideas y la creación de un clima de confianza los que permitieron la superación del dilema de la seguridad y de la división del continente, enterrando definitivamente la Guerra Fría y dando origen al nacimiento de una Alemania unida.

---

<sup>51</sup> Cf. Haftendorn, Helga, *Coming of Age: German Foreign Policy Since 1945*. Lanham, Rowman&Littlefield, 2006, 409-12. Philippi, Nina, “Civilian Power and War: The German Debate About Out-of-Area Operations, 1990-99”, en Harnisch, Sebastian y Maull, Hans (eds.), *Germany as a Civilian Power? The Foreign Policy of the Berlin Republic*. Manchester, Manchester University Press, 2001, 53-60. Rittberger, Volker y Wagner, Wolfgang, “German Foreign Policy Since Unification: Theories and Reality”, en Rittberger, Volker (ed.), *German Foreign Policy Since Unification: Theories and Case Studies*. Manchester, Manchester University Press, 2001, 311-312 y 318-319.